

LIBROS

Para la reforma electoral

El historiador socialista Antonio Ramos-Oliveira dijo a propósito de Giménez Fernández, que "alcanzaría fama nacional por lo que otros permanecen toda su vida ignorados: por su sentido común; un católico y conservador español con sentido común había de adquirir en seguida rara notoriedad". Otro católico y conservador español arremetería contra él por aquellos días de la Segunda República, cuando Giménez Fernández, como ministro de Agricultura por la CEDA, presentaba la Ley de Arrendamientos Rústicos. Invocaba Giménez Fernández la doctrina social de la Iglesia en apoyo de su tesis. El diario "El Sol" (13-XII-1934) recogía estas declaraciones de Lamamié de Clairac: "Como el ministro de Agricultura siga citando encíclicas de Papas para defender sus proyectos, yo le aseguro a usted que terminaremos haciéndonos cismáticos griegos".

No sería ésta la única vez que Giménez Fernández se viera enfrentado a sus correligionarios. Como ponente de una ley electoral basada en la representación proporcional, hubo de enfrentarse a diputados del partido agrario favorables al sistema mayoritario con distrito pequeño y representación uninominal, que permitiera el ejercicio del caciquismo. Giménez Fernández llevó entonces el peso de la elaboración de la nueva ley. Y no estaba mal elegido para la tarea. Diez años antes había aparecido su primer libro (refundición de una brillante tesis doctoral de 1922), titulado precisamente "Estudios de Derecho Electoral Contemporáneo".

El libro lo reedita ahora el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, donde don Manuel Giménez Fernández fue catedrático durante toda la vida, salvados los períodos en que su tarea política (diputado, ministro, vicepresidente del Congreso) le retuvieran en Madrid. Fue allí también, según ha escrito su discípulo Roberto Mesa, "ejemplo de integridad científica y lección de honesti-



Giménez Fernández.

dad". Y fue, además, incitador de vocaciones políticas, alguna de tan espectacular desarrollo como la de Felipe González. Nació y murió en Sevilla (1896-1968).

Lo que resulta más aleccionador en este libro es la fe del autor en la democracia, dice su prologuista de hoy, el catedrático sevillano Olivencia Ruiz. Y eso es cierto. Pero claro está que podemos sacar muchas lecciones. Por ejemplo, al hablar del límite de edad para el voto, Giménez Fernández —que escribe a principios de los años veinte— llega más lejos que nuestros azules devenidos en neodemócratas por un rápido y plausible proceso de decoloración, y propugna los veinte años. No es osado suponer que ahora podría defender muy bien los dieciocho años.

Otro caso. Cuando busca "la armonización de la libertad del elector y las necesarias prerrogativas de los partidos". Defiende el sistema proporcional, pero no la lista cerrada y bloqueada. Para él es un atentado a la libertad del elector el impedirle fabricarse su propia lista a partir de las listas de candidatos propuestas por los partidos. Es lo que se llama, con expresivo barbarismo, el "panache". Imagine ahora cada lector-elector la lista que él se confeccionaría, cuando afortunadamente hay tanto para elegir. Podría ejercitar, asimismo, ese democrático derecho que el profesor Mateo del Peral ha llamado hace poco "el derecho a tachar".

Estos son dos ejemplos. En la obra hay muchos más. Y hay un completo panorama de la materia. Panorama que no estaría de más se repasaran esos centenares de padres de la Patria que el próximo día 15 la librarán de su orfandad democrática. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Cuerpo, traición, exilio

La última literatura —penúltima imagen reflectante y escasamente reflexiva del mundo— se cierra cada vez más en sí misma, creando un ámbito propio que se asemeja bastante a la parte interior del caparazón de un caracol: espiral semitraslúcida que encierra por completo al animal en reposo, en posición fetal, y que deja pasar la realidad exterior filtrada por una capa lisa, hecha de excrementos y desperdicios calcáreos ligados con babas. La mayor parte de la narrativa, de la poesía y del pensamiento contemporáneo, debería calificarse como "reflexiones de una babosa a lo largo del camino". El animal que hay dentro de la cáscara es un ser blando, extremadamente sensible y dotado de un cierto tropismo hacia la luz solar, que percibe por medio de unos ojos que tiene —como muchos humanos— situados al extremo de sus cuernos.

La experimentación literaria y artística es, en la gran mayoría de los casos, producto de limazas culturales. Carece por completo de rumbo y de sentido, y camina errática y lenta hacia ninguna parte, último monstruo producido por la agonizante —aunque su agonía sea también demasiado lenta— cultura burguesa. Arte y literatura de medio ciegos, de medio tontos, empeñados en construir edificios inútiles de abstracciones fundamentados en teorías de donde la vida está ausente. No pasa así, felizmente, con algunos autores entre los que está Juan Goytisolo. Sus dos últimas novelas —que posiblemente

sean también las últimas que escriba jamás—, "La reivindicación del conde don Julián" y "Juan Sin Tierra", que tienen algunos años de edad, y que desde hace poco —desde que se implantó en nuestro país el carnaval predemocrático— podemos ver en los escaparates, e incluso comprar, si pertenecemos a la privilegiada élite cultural y económica que puede afrontar el precio cada vez más alto de los libros, no son objetos hueros, sustentado su frágil armazón tan sólo en teorías literarias y filosóficas de moda; se trata de expresiones puramente autobiográficas del espíritu, de un descenso a los propios infiernos, de unas memorias o de una memoria sobre el estado del mundo de Juan Goytisolo. Todo ello, es cierto, narrado de una forma trabajada, que a muchos —a los incapaces de esfuerzo intelectual y de atención a la lectura— parecerá, sin duda, en exceso esotérica. No lo es tal: Goytisolo se ha embarcado en una exploración destructiva, corrosiva, de su propio mundo, y simplemente adecua su instrumento de trabajo —la palabra escrita— a su doble labor de exploración y destrucción, de purga salvaje.

Goytisolo ha entendido el mundo —igual que Genet, igual que William Burroughs— como representación, como lenguaje y como memoria. Su saqueo de la escritura lineal no es gratuito en absoluto. Responde a una visión concreta de las cosas y, sobre todo, a un espíritu de lucha: sabe que al orden burgués corresponde una forma —una sola— de narración, la novela burguesa; muchos años de práctica de una narrativa comprometida y de combate le han enseñado esto. Sabe que una imagen del mundo es el mundo, y que la labor de transmutación de todos los valores sólo se puede llevar a cabo, en literatura, destruyendo el entramado mismo de esos valores que es la forma literaria. La miseria de la narrativa tradicionalista —que ha extraído de la novela la carne y la sangre, sustituyendo las aventuras apasionantes en lejanos trópicos y la búsqueda de tesoros por conversaciones insulas de mesa-camilla y chocolate— se le aparece como un verdadero portador de virus —en el sentido más literal— de tedio y de conformismo. Y cuando ha querido acabar con tales virus, ha tenido que destruir también el medio.

En las dos novelas citadas —y también en la anterior, "Señas de identidad", que marcaba el



Juan Goytisolo.

GG

Colección
Punto y Línea

Novedades Junio

Alexandre Cirici
**La estética del
franquismo**Josep Renau
**The American
Way of Life**

Fotomontajes: 1952-1966

Gianfranco Bettetini
**Producción
significante y puesta
en escena**

Ptas. 190,-

Ultimos títulos publicados

Décio Pignatari
**Información, lenguaje,
comunicación**

Ptas. 130,-

Margarita Rivière
**La moda, ¿comunicación
o incomunicación?**

Ptas. 240,-

Paolo Bertetto
Cine, fábrica y vanguardia

Ptas. 180,-

M. Caldwell
**Socialismo y medio
ambiente**

Ptas. 160,-

René Berger
Arte y comunicación

Ptas. 130,-

Colección
Comunicación
Visual

Ultimos títulos publicados

O. Revault D'Allonnes
**Creación artística
y promesas de libertad**José Luis Rodríguez Diéguez
**Las funciones de la imagen
en la enseñanza**V. Bozal / T. Llorens (Eds.)
**España. Vanguardia artística
y realidad social: 1936-1976**

Ptas. 450,-

Editorial
Gustavo Gili, S. A.

principio de esta última etapa suya— no se critica, sino que se niega toda una cultura y una moral, las vigentes en este mundo de la vieja Europa —y de la no menos vieja América, heredera de lo más caduco y putrefacto de la primera— sumida en la trampa del confort. Son informes de una aventura —no religiosa, ni siquiera espiritual, sino vital— que parte de la negación de todos los valores establecidos en los que se ha basado ese conjunto de estigmas que llamamos "carácter" del hombre Goytisolo. Negación creativa que conduce, inmediatamente, al descubrimiento de otra realidad moral, de otra escala de valores —igualmente cuestionable en lo absoluto— que llene el vacío después de que las últimas ruinas hayan sido arrasadas. A pesar de su destructividad, la obra de Goytisolo no es para nada nihilista: ha descubierto la realidad moral y material del Tercer Mundo: Cuba o Marruecos se le aparecen, no como instancias salvadoras —está muy lejos de cultivar la tierna filosofía del "buen salvaje"—, sino como alternativas reales a una insulsa realidad desodorizada y vacua. Al abdicar de su mundo de intelectual de estirpe catalana afincado en París, al renegar de su pasado pequeñoburgués, Goytisolo va más allá de donde suelen aventurarse quienes se desclasan. No abdica de los privilegios de su clase, sino de los que le concede su civilización. Reivindica entonces para sí, asumiéndolos en su propia carne, todos los "horrores" con los que se ha estigmatizado a los parias, a los inferiores, para hacer más soportable a los amos la idea de que haya esclavos: la sexualidad desviada —¿desviada de qué norma?—, la blasfemia, la suciedad, la enfermedad repugnante y purulenta —lepra, sífilis...—, la vida entera, en fin, convertida en una secreción que al paladar y al estómago occidentales resultan repugnantes. Llega así a una afirmación que es trágica, porque es insufrible y gozosa a la vez: la afirmación del cuerpo, que es lo que la burguesía —en su necesidad de angelismo y santidad como justificación de su dominio— ha puesto más empeño en negar. Esto empieza a verse claro en "La reivindicación...", pero adquiere su más alto grado de expresión en "Juan Sin Tierra", auténtico grito de afirmación del cuerpo libre. En medio de todo lo que se ha considerado como repugnante, obscuro y monstruoso,

encuentra Goytisolo aquello que le falta a nuestro mundo climatizado: la vida.

Este extrañamiento de los valores que le han moldeado, esta negación de su "carácter" cultural, tienen en Goytisolo un corolario lógico: como escritor de combate y testimonio, como hombre comprometido con la realidad, se ve forzado a llevar a la práctica sus teorías, y lleva a cabo la "traición". Invoca a las harcas moras que invadan "su" patria, llama al espléndido ejército de bárbaros que habrán de venir a destrozarse los magníficos monumentos a la Nada higiénica que jalonan nuestra cultura. Se extraña de su tierra y de su civilización y, no contento con esto, pretende asestarles un golpe mortal. Es la postura lógica del renegado, de quien ha visto la falacia que se escondía tras su mundo de infancia, y se ha enfrentado a ella con odio, esto es, con humana pasión. Asume la palabra "traición" precisamente por su valor subversivo, por estar en contradicción con el código de honor de la sociedad burguesa, que hace posible y da visos de legalidad trascendente a la relación de amo-esclavo. Equivalente al felón medieval, se rebela contra su Señor.

Es muy probable que Goytisolo no hubiese llegado a esta toma de conciencia creativa-destructiva sin el exilio semivoluntario al que se ha sometido durante años: desde fuera de la Patria, alejado materialmente de los elementos que le han conformado, y enriqueciéndose con otros nuevos —Sudamérica, Cuba, Marruecos...— ha podido juzgar la miseria de la cultura establecida. Siguiendo en esto el ejemplo de sus dos grandes antepasados, Cernuda, Blanco White, ha concentrado la amargura del extrañado y la ha convertido en franca rebeldía. Y esta rebeldía —felonía la llamé antes— le ha hecho abandonar el ángel cultural que todos somos, para convertirse en hombre.

Extrañamiento, traición, afirmación del hombre, éstos son los ingredientes fundamentales de las últimas novelas de Goytisolo. Y después, el silencio: "Juan Sin Tierra" —título doblemente transparente que es, a la vez, declaración del actual estado de su autor y evocación de otro gran felón, el hermano de Ricardo Corazón de León, tan cruelmente vilipendiado por la literatura —puede ser su última novela—. Acaba con unas páginas en árabe, renegando incluso —en brutal aniquilación de

su "carácter"— de su lengua natal y de los caracteres latinos. ■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

Un grandísimo
teatro

La presencia del Bread and Puppet entre nosotros —de Madrid ha ido a Barcelona— constituye, sin la menor duda, un acontecimiento de extraordinario interés. Uno ha escrito reiteradas veces sobre el grupo —con ocasión de algunos Festivales Internacionales—, quizá ha contribuido decisivamente a que fuera posible su gira actual y, de nuevo, siente la necesidad de expresar su identificación con un espectáculo antes que la de ponerse en actitud de juez. Si el Bread and Puppet no vino antes a España fue porque su trayectoria —su estilo, sus objetivos, su carácter libertario— era incompatible con nuestra realidad política y cultural; si ahora ha venido es porque las cosas han cambiado; y si ha actuado en el Barceló, en lugar de hacerlo en el María Guerrero, ante un público reducido en vez de hacerlo ante una sala rebosante, a merced de la economía privada y no de la economía estatal o de las organizaciones políticas democráticas, es porque las cosas no han cambiado tanto como parece. En última instancia, el espectáculo se inscribe dentro de esa lista de títulos que marcan —adelantándose al proceso real de nuestra sociedad, cumpliendo la función de señalar caminos largo tiempo cegados— la ruptura de una época sin beneficiarse de la que, con los naturales titubeos, comienza ahora.

Por fortuna, el Bread and Puppet no es un grupo cuya poética le exija enclaustrarse en los teatros tradicionales. Va a ellos porque lo exige la estructura teatral y porque es una cita nada desdeñable, si es verdad que existe una burguesía abierta y liberal, dispuesta a variar el signo de una serie de propuestas artísticas. Pero su público genuino está formado por las gentes que no gozan de esa suma de pequeños privile-